

# Argentina siglo XIX: un proyecto de nación.

---

Nancy P. Fernández  
Universidad Nacional de Mar del Plata

## *Resumen*

El presente trabajo plantea una relación de continuidad entre la Generación del 37 y sus descendientes del 80. Si bien se privilegia una perspectiva literaria, se tiene en cuenta el carácter histórico de los escritos que durante el romanticismo privilegiaron la creación de una lengua. De este modo se asume el impacto de determinados sucesos políticos y culturales respecto al proyecto de una tradición nacional. Los viajes de aprendizaje, el exilio, la violencia; el autoritarismo del gobierno y lucha política de intelectuales como Echeverría, Sarmiento y Alberdi a través de las letras sedimentan el terreno que llega a Caseros en el 52: la caída de Rosas. Ese es el punto de inflexión que va a dar inicio a una larga etapa de luchas fratricidas para culminar, con la década del 80, en la sistematización de diversos aspectos (institucionales, jurídicos, culturales, políticos y sociales) funcionales a la idea de homogeneidad identitaria. Tales son las condiciones para pensar un proyecto de Nación, en el momento donde una concepción de Estado moderno se hace emergente al mando de Julio Argentino Roca.

## *Palabras claves*

Literatura - Historia - Nación - Estado - Lengua - Política.

## *Abstract*

This paper sets up a relation of continuity between the Generation of

37 and the descendants of the 80s. Even though a literary perspective is highly regarded, the historical character of the writings, which during the Romantic period privileged the creation of a language, is also taken into account. In this way we take some political and cultural episodes as connected to the project of a national tradition. Learning travels, exile, violence, the dictatorial government and the political fight of intellectuals like Echeverría, Sarmiento and Alberdi through writing settled the ground that leads to Caseros, in 1852: Rosas's fall. This is the point of inflection that will initiate a long stage of fratricidal struggles to end up, in the 80s, in the systematization of aspects (institutional, juridical, cultural, political, social), functional to the homogeneity of the social subject. These are the conditions to think a national project, when the modern state emerges with Julio Argentino Roca.

*Keywords*

Literature - History - Nation - State - Language - Politics.

Mil ochocientos veinticinco es el año en que llegan a Buenos Aires Francis Bond Head, Joseph Andrews y Edmond Temple, los viajeros ingleses encargados de informar sobre las posibilidades de explotación de las minas de oro y plata y sobre las condiciones efectivas de un terreno o una naturaleza que realicen las ambiciones de un imaginario expansionista. Mil ochocientos veinticinco es también el año en que Esteban Echeverría cruza el océano rumbo a Francia.<sup>1</sup> Si la distancia que toma determina la privación coyuntural de una experiencia de lectura -la de los informes que hablan de las incursiones extranjeras por territorio argentino-, el viaje le proporciona el contacto directo con la alta cultura europea. El motivo del viaje, matriz que conjuga experiencias tanto simbólicas como prácticas, articula entonces una visión en el panorama decimonónico construyendo un imaginario literario, pero también una proyección cultural en la colección de nombres propios y lecturas

que legitimarán el diseño de una estrategia política. No faltan razones estéticas para convertir el viaje en un factor a partir del cual se armará la tradición literaria en la Argentina. Tampoco escasean los argumentos desde donde comienza a delinearse una mirada social, sosteniendo la consigna de forjar una literatura nacional. En esta dirección, Echeverría puede usar una doble táctica: ocultamiento o abierta asimilación de las fuentes y, de una manera o de otra, lo extranjero ingresa en el proyecto de nación que encarnan los jóvenes ilustrados de la generación del 37. En un lapso aproximado de diez años -contando desde 1830, año en que regresa a Buenos Aires, hasta 1839 como fecha tentativa en que redacta *El Matadero*-, es posible suponer un cruce con descripciones y caricaturas suburbanas al sur de la ciudad incluidas en las relaciones de Bond Head, Beaumont o Darwin. Llegado este punto, es plausible acreditarle a Echeverría el mérito de haber logrado una percepción nueva, una mirada -estrábica- que coloca la subjetividad entre el reconocimiento de lo vernáculo y la apropiación de un sistema cultural ajeno. De este modo, es en la tensión paradójica de original e importación donde se define la fórmula para construir una propia identidad en base a un problema clave: la necesidad de reinventar una lengua. Sin riesgo a exagerar la significación totalizadora de los textos de Echeverría en su intento por entender la diversidad de los grupos sociales que conforman el país, diríamos que la tradición letrada en el Río de la Plata nace a contrapelo de una fuerza enemiga y, siguiendo la hipótesis de Viñas, podríamos afirmar: la literatura argentina empieza con Rosas.<sup>2</sup>

La figura de Rosas abre un arco temporal que va de 1820 a 1852, cuando cae derrotado en Caseros por Urquiza. Si bien es cierto que el esquema se desarrolla en torno a unitarios y federales, el proceso histórico invierte sus coordenadas para resolver en el nombre de Rosas algunos de sus

núcleos y contradicciones iniciales; vistos desde esta perspectiva, la supresión del cabildo de Buenos Aires en 1822 y la negociación de un empréstito apoyado por federales durante la gestión de Rivadavia son muestras de una acción política que estaba lejos de garantizar un sentido lineal o de agotarse en una contienda supuestamente maniquea. Catalizador de antagonismos, Rivadavia es el antecedente de Rosas cuando su defensa de las autoridades provinciales -bandera del federalismo- desemboca en la omnímoda figura del caudillo. Es más. En defensa de los intereses de una clase terrateniente -a la que él mismo pertenecía- y con la promesa de asegurar orden y pacificación, la burguesía porteña puede encontrar en él la caución providencial de sus expectativas desviándolas de Lavalle. Hacia 1835 sus decisiones marcan un rumbo unánime y en ese contexto, intelectuales como Alberdi y Gutiérrez hallan un lugar para redactar sus artículos, en el gacetín *La Moda* que aparece en 1837 para caducar en 1838. Aquellos son los días del *Salón literario* y allí parece perpetuarse el clima de cohesión interna, resguardados de la amenaza del indio. También es la época en la cual Pedro de Angelis concurre a las reuniones hasta que la impermeabilidad del régimen rosista impulsa el nacimiento de la Asociación de Mayo, derivando en la proscripción de sus ideólogos y escritores.<sup>3</sup>

La generación del 37 absorbe el ideario del romanticismo europeo a la vez que asimila el liberalismo como el camino para la revolución y el progreso. Tal es así que Echeverría, en el *Dogma Socialista*, concatena hechos y proyecta futuras y positivas consecuencias entre la emancipación de España y el alcance de la civilización. En un pueblo cuya ley ontológica lo orienta hacia el avance, confía la posibilidad de constituir una nación. De este modo, el proyecto de país que estaba en germen se legitimaba en la recuperación del

ideario de Mayo, proponiendo una concepción de sociedad donde el progreso como noción integradora era el fundamento para la construcción de la nacionalidad.<sup>4</sup> Pero a pesar de la Revolución y de una formalidad constitucional, la idea de Patria aún no cuenta con la materialidad suficiente que implica una conciencia de unidad y un verdadero lazo de pertenencia, puesto que la dominación española no generó resquicios para el desarrollo racional a partir de donde una dirigencia criolla pueda tomar el poder. Tanto en las páginas del *Dogma* como en sus discursos para el Salón literario, Echeverría consignaba el estado de inmadurez política, la falta de una real conjunción entre armas y razones, entre acción y pensamiento. Desde este punto de vista, la búsqueda de un contacto con el extranjero no resulta contradictorio con una creciente tendencia nacionalizadora, ya que la utopía de un estado nacional aparece como la única instancia capaz de movilizar los recursos y crear las condiciones superadoras del desorden y el atraso, perfeccionando gradualmente el precario aparato institucional del país. Sin privarse de esgrimir el doble título de poeta y pensador, Echeverría nunca omite poner de relieve la dimensión ideológica, las funciones prácticas y estratégicas que activan los mecanismos productivos de la escritura. La letra al servicio de un plan de lucha, la palabra pronunciada como instrumento defensivo de los intereses partidarios, la literatura concebida de acuerdo con sus leyes y cánones pero instaurada como arma y blasón de los jóvenes patriotas elegidos. En este sentido hay tres puntos que cabrían señalarse para dilucidar esa autoconciencia de élite o minoría ilustrada: conciencia histórica, construcción abstracta de un lugar y voluntad de estilo. Respecto del primer punto, se trata de considerar los sucesivos pasajes en una comunidad, en un estadio cultural; se trata de reconocer las claves y emergencias que van de una cultura entendida como eternidad e inercia, a los planteos que enfatizan el cambio, el movimiento, no

tanto como síntoma sino como necesidad. Esto último es lo que subraya el aspecto histórico de la cultura y Echeverría lo destaca en su *Primera lectura para el Salón literario*, de 1837. No es otro el sentido que asume la clara distinción entre el pasado heroico de la Revolución y el presente amenazado por la violencia y la esterilidad de ideas. Si en Mayo de 1810, la fuerza, la pasión y el arrojo abren paso a la libertad soñada, y si con ellos se legitima la dignidad patriótica rompiendo el vasallaje con España, poco puede esperarse de gobiernos herederos que no han sabido cultivar una ilustración propia que satisfaga las necesidades morales del pueblo o prodigue leyes, documentos, estatutos, ciencia o arte genuinos y sistemáticos. Echeverría asume entonces una perspectiva crítica que vislumbra en la razón y la reflexión la condición misma del progreso y la plena madurez de una comunidad.

La construcción del lugar es el segundo factor al que apuntaba y, con el carácter abstracto que toma esa meta, la racionalidad se contamina con motivaciones mesiánicas, las de aquellos hombres iluminados cuya posición de genio o vate los autoriza a rubricar origen y destino de una misión. El discurso sobre la patria se levanta sobre la tarea pedagógica de un joven que convoca a “bajar” de la clase ilustrada a las masas, allí donde, profético, no vacila en encontrar el oprobio de la ignorancia. Por un lado hay en la enunciación un registro que reserva el privilegio para la primera persona singular; pero también una tendencia hacia un “nosotros” que subsume al yo como un sujeto colectivo, como una instancia integral que atisba el país desde el ojo críptico de la secta. El grupo o la congregación son los que establecen los límites del pacto entre el autor y los destinatarios, esos que entran en los límites del *Salón* y los que son admitidos en la genealogía patriótica de los ancestros revolucionarios y los epígonos que deben perpetuar el destino de la soberanía. De

la inteligencia del “hombre, de la secta o del partido” surgirá el proceso a partir del cual va a ser posible extraer la riqueza real en detrimento del fondo o simulacro de sabiduría que no nos pertenece. El espacio de la subjetividad toma, así, la forma de un oxímoron por encarnar la susceptibilidad propia del ámbito privado y los objetivos pertenecientes a la esfera pública: conjurar el acecho y la muerte cuyo máximo emblema se cristalizará en torno de Juan Manuel de Rosas. Se escribe en la soledad y el encierro, en el exilio, en el interior de la casa o el salón para protegerse de la carnalidad pura, del cuerpo sin razón que es América, la masa, la barbarie. Se escribe también para preservar el propio cuerpo de la violación de eso otro, la violencia innominada, gregaria y esclava del Restaurador.

El tercero de los rasgos que mencioné es la voluntad de estilo y a esto atañe la construcción de una lengua que priorizaban tanto Echeverría como Gutiérrez, viéndola como caución nacional y fundamento del proceso identitario. En este sentido, la preocupación por el idioma se manifiesta en la búsqueda de una expresión literaria y estética que hable, también, de los problemas del país. Noé Jitrik advierte, al respecto, la literariedad lograda por Echeverría en la escena de *El Matadero* donde la cabeza de un niño es cercenada por el toro que los carniceros persiguen.<sup>5</sup> También Ricardo Piglia señala el contraste que suscita la estilización del lenguaje “popular” con el discurso artificioso, engolado, del joven unitario atrapado por la chusma.<sup>6</sup> El acierto radica en el trabajo sobre la lengua “baja”, llena de matices y de inflexiones orales. Es el registro de la lengua popular, tan cercana al cuerpo, a la materia, eso que mantiene vivo el relato de Echeverría, puesto que en la reconstrucción de esa trama, pueden leerse las huellas de las relaciones de poder, los trazos de las formas más extremas de la violencia. *El Matadero* es, por lo tanto, un

texto que explota al máximo la fuerza de la violencia verbal para crear la ilusión de una referencia espacial concreta. La virtud literaria de Echeverría consiste en manejar con soltura la lengua, cuestión que implica absorber lo extranjero como lo propio, subir a las alturas trascendentes y superiores como descender a la ignominia de los protegidos por la Mazorca o la Federación. Decía antes que hay descripciones del matadero al sur de la ciudad como la de Bond Head y, precisamente, son anteriores al magistral relato de Echeverría. La particularidad en esto reside en que no se trata de un cuadro imaginado a contra luz de las extrañadas imágenes de la Europa que se dejó atrás, sino de una percepción nueva, una mirada que sabe deslizarse por paisajes desconocidos. También *La Cautiva* pone en escena el problema de la subjetividad que se enfrenta a la naturaleza o a la pampa como la necesidad de rescatar lo vernáculo encontrándole el sitio estético junto a ranchos, pajonales, quemazones, indios y desiertos. Llegado este punto podría decirse que la literatura argentina comienza y se consolida a través de los voceros y portadores de la Historia, del relato que da forma poético-narrativa a los intentos de una comunidad por convertirse en nación. El realismo logrado en *El Matadero*, la significación totalizadora de los textos de Echeverría en su intento por entender la diversidad de los grupos sociales que conforman el país, son ejemplos de una perspectiva que puede servir de base a la afirmación de Viñas, anteriormente citada.

## La década del 80 y la fisonomía de un país.

Antes de que se consolidara el rol del estado como articulador del capitalismo en ciernes, la Argentina debió superar la secesión consumada entre la Confederación y

el estado de Buenos Aires. En este sentido, los respectivos sistemas institucionales se dirimieron en 1853, entre el juramento de la constitución por las provincias y la excepción porteña; mientras Buenos Aires aumentaba la recaudación de su aduana, el gobierno de Urquiza comprobó en carne propia la falta de recursos que hubieran sido garantizados por la carta fundamental, redactada sobre las *Bases y puntos de partida para la organización política de la Argentina*, de Juan B. Alberdi.<sup>7</sup> Representativo, republicano y federal, Urquiza esgrimió las consignas que a partir de Cepeda -1859- establecieron las nuevas condiciones de una jurisdicción nacional. Faltaba sin embargo que Mitre fijara en Buenos Aires la capital de la República después de derrotar en Pavón -1861- las fuerzas confederadas y de asumir su gobierno interinamente. Desde 1862 -cuando asume Mitre- hasta 1880 el país se orienta gradualmente hacia el efectivo desarrollo de la economía por lo que se incentiva la mirada hacia Europa, allí donde las transformaciones técnicas y sociales repercutían en una noción de progreso que los argentinos comenzaban a vislumbrar, sobre todo, en el enriquecimiento de sus posibilidades productivas. Sin duda, el paso más novedoso y revulsivo consistió en atraer la inmigración. Ahora bien, ¿qué tanto impacta el cambio demográfico en la búsqueda de unidad nacional? ¿Cómo se combina la federalización de Buenos Aires -en 1880- con la conservación de sus privilegios? Si la distribución de la riqueza había sido materia de reflexión para Alberdi, Sarmiento y Echeverría, lo cierto es que a su crecimiento siguió la concentración en manos de grandes estancieros, quienes conformaron la clase de minoría dominante. No fueron otros los que redefinieron las esferas de lo público y lo privado y, correlativamente, los espacios de pertenencia y exclusión con el obsesivo propósito de resguardar el imaginario de una estirpe. Así como fue formándose la concepción aristócrata de una selecta dirigencia

criolla, también hubo múltiples estrategias para rescatar del aluvión extranjero el linaje patricio, la homogeneidad racial que podía conjurar la disolución definitiva de la sociedad. Mientras la masa creciente de colectividades transformaba el diseño urbano, fue intensificando la heterogeneidad con su lengua y sus costumbres, al tiempo que la oligarquía nacional defendió sus intereses en recintos exclusivos, en círculos aptos para ejercer el culto de lo íntimo y la complicidad. El club y el salón entonces, fueron los escenarios más adecuados para sostener las prerrogativas de clase reafirmadas por una clara conciencia de los límites entre el adentro y el afuera y, sobre todo, por el saber distinguir a los portadores del blasón nacional de quienes llevan en su semblante, en su vestimenta y su cuerpo los estigmas de lo informe y lo innominado. Si unos son los adjudicatarios del crédito y la admisión que otorga el prestigio genealógico, el resto es alteridad, opacidad confusa resignada al oprobio de la supervivencia, al desgaste del trabajo y la gestualidad emblemática del sacrificio. Ocio versus necesidad. En el diletantismo de la reunión, la escritura o el viaje, los hombres del 80 cifran una modalidad del reconocimiento dibujando una clave especular: el sí mismo se confirma en el reflejo de los rostros conocidos. El brillo de las reuniones, de las lámparas, mármoles y espejos se reduplican, a modo de metáfora, en la eximia concurrencia de las dedicatorias y menciones de los nombres propios. Llamarse de tal manera y ser invocado en la página escrita es la caución del reconocimiento entre pares, el pacto de quienes se frecuentan en las alturas de la patria -ellos son quienes consolidan, desde la oligarquía dirigente, el estado nacional-; es la alianza entre esos que viven sus casas como un confortable y aterciopelado estuche, la burguesía propietaria que a veces cae en tedio. Se trata del *spleen* que afecta al narrador protagonista de “Vida moderna” de Eduardo Wilde o a Andrés, el personaje central de *Sin rumbo* de Eugenio

Cambaceres. Se sabe; es el privilegio de quien puede hartarse de la comodidad y busca en el exotismo criollo morigerar tanta saturación de lujo europeo. De la ciudad al campo y del campo a la ciudad, son los itinerarios con los que Wilde y Cambaceres aseguran la vuelta a casa y contra riesgo de escisión, garantizan un esquema identitario sobre el esplendor de objetos suntuarios.

En la literatura decimonónica de los 80, se articula entonces un sistema de enunciación sobre la base del tono medio propio del recinto que consagra alcurnia y posición social. En términos discursivos, la ironía es la estrategia que gradúa la intensidad del decir desplegando mediante las palabras una gama de funciones: ambivalencia y paradoja a los efectos de un cinismo ornamental. Ideológicamente, la ironía pone de manifiesto dos cosas: por un lado, el saber esgrimir la prerrogativa de quien ocupa el centro -legislar sobre la importancia asignada a las cosas-; por otro, la mirada estratégica que evalúa la posición más adecuada para tomar distancia del entorno, de acuerdo con un orden discursivo que entiende de jerarquías. Se trata en definitiva de un uso verbal que calcula el golpe acertado de aproximaciones y retiros y define la modulación de la voz en clave de un desdén elegante a la hora de distribuir los turnos de la elocución. Bien se podría decir que la generación del 80 articula un sistema de enunciación en base al medio tono para un estrecho recinto donde no caben demasiados.

Lo que en los nuevos integrantes de la sociedad es carencia, en la elite criolla es exceso. De ese mismo derroche y de una digresiva oralidad proviene el diletantismo que caracteriza a los narradores de Mansilla, de Wilde o de Lucio V. López; porque son ellos los que saben alternar la solidez de una burguesía propietaria con el goce estético de un tiempo

expandido en recuerdos o mitos personales. Son ellos quienes hacen literatura excluyendo el trabajo, el esfuerzo de obreros y gringos, el sacrificio atisbado con recelo o repugnancia en la génesis de la otredad. Al fin y al cabo, es precisamente sobre un recorte de clase que se funda la noción de alteridad, todo un método taxonómico para dirimir en definitiva territorios de pertenencia y de exclusión. Si el ocio es rúbrica de estilo para los aristócratas de los 80 este es el gesto que cimenta un programa de acción; ahí es donde se autovalidan como estirpe nacional y como dirigencia -política, intelectual- que no solo protagoniza sino que además decide los destinos de la Patria. Cuando los textos aluden a hábitos compartidos y un marco familiar para un trato recíproco, funciona una legalidad cifrada en el círculo aúlico de nombres y apellidos. Allí es donde las autorreferencias establecen el cerco y amparan la prosapia onomástica que instantáneamente impugna a los que quedan fuera. Ya todo está dispuesto para eso que al decir de Viñas, es el gusto por la pose, la gestualidad fotográfica que mide el alcance de la retina en la eficacia de un deseo: fabular -conjurándolo- con el pasado y fijar en la eternidad el anhelo por el presente. Los pares, de clase, cultura y origen, definen por lo tanto un pacto que escribe el mito -entronizado- y la ficción -textualizada- de la nacionalidad, la élite que posee tierra y gobierna desde la “gran aldea”, tal como Lucio V. López ve a Buenos Aires. Pero la ciudad también asume otras aristas; las de un espacio que no logra cerrar la domesticación tranquilizadora de un interior aterciopelado. Las de un exterior que acecha saturado de hacinamiento y mezcla. Porque aún la naturaleza y el campo celebrado por Joaquín V. González en *Mis montañas*, sacraliza la autoridad patriarcal a cuya luz el buen sirviente acata un mandato que asume como deuda moral. El imaginario romántico del 37, aquel de las figuraciones de un desierto infinito y vacío, cede paso con Eugenio Cambaceres a una perspectiva científicista

que le permite organizar el sentido de equilibrio fiscalizado desde el escaparate roquista. Su malestar no se ciñe al *spleen* de un gentleman como Eduardo Wilde sino al temor y rechazo por el inmigrante. Nunca más oportuno el lema “paz y administración” para afirmar la integridad de la raza, la cultura y la lengua, la tersura de un *statu quo* que trama la complicidad del entre nos y que, sobre todo, brega para que nada cambie.<sup>8</sup> Nunca tan bien sintetizado el mandato maniqueo que articula las tácticas de expulsión y que apunta a garantizar un balance favorable a los intereses económicos de una clase definida en términos de grandeza pecuniaria. Y si hablamos de estética, Cambaceres invierte el signo ideológico del naturalismo heredado de Zola para señalar la culpa en los desposeídos y recién llegados. La observación precisa, el acento puesto en la fealdad, la representación del cuerpo como objeto erótico o aparato positivista forman un conjunto de procedimientos que, siguiendo la lógica causal de la escuela francesa, giran no obstante el eje de víctima y victimario. Por ello también evalúa que ya no son tan tersos los interiores ni tan protectores los muros; la condición suprema del que fuma costosos cigarros y habla francés se ve amenazada por una babel que incita al abandono de la decorosa medida, la anuencia imperturbable con la que Wilde decía en “La lluvia”: “Nada abriga tanto como saber que otros tienen frío”. El cómodo ademán del “nosotros”, erigido como baluarte por los miembros de la propia clase, cede paso al conflicto que Cambaceres indica como “ellos”, la maldita procedencia que dice mal porque homologa la monstruosidad de su fisonomía y su moral, la deformidad de sus palabras. La generación del 80 tiende un puente hacia lo que Lugones construirá en las vísperas del Centenario, un trayecto que permite leer la trama de una heráldica desde el epígono y no desde la influencia causal del precursor; una tela donde el siglo XX exhibe las marcas de un proyecto modernizador

en el apogeo y declive del modernismo, donde puede leerse una operación contra el impulso novedoso de la vanguardia martinfierrista y la ignominia extranjera que asediaba los genuinos derechos de clase y nación. En el discurso que pronuncia con el presidente Roque Sáenz Peña como receptor y adlater, o en las conferencias que publica luego como *El payador*, Lugones edifica un panteón, un olimpo donde Martín Fierro entra ahora sin pecados de matrero; ahora con su faz estática puede cristalizar el mito rural para la glorificación institucional del emblema nacionalista.

## Notas

- <sup>1</sup> . Adolfo Prieto (1996) recorta una serie literaria con los viajeros ingleses que llegan y escriben sobre la Argentina entre la tercera y cuarta década del siglo XIX. En dicho tejido textual es perceptible la presencia de Humboldt y la idea de civilización cuyo perfil se nota en el sistema de citas de lectores como Alberdi, Echeverría, Gutiérrez, Mármol y Sarmiento. Véase Prieto (1996).
- <sup>2</sup> . El período rosista coagula y entrecruza varias coordenadas que inciden en la aparición de una literatura con perfil propio. Irrumpe una constelación de figuras que se forma política e intelectualmente después de 1810 y se moviliza una generación por el deseo de un país al que, a su vez, miran con distancia. Véase Viñas.
- <sup>3</sup> . Prieto asigna a la modernidad la condición definitoria para una consolidación original del género autobiográfico. Siguiendo a pensadores como Fromm y Burckhardt recorre las diferencias entre el mundo medieval y el moderno para afirmar como principal rasgo de este último, la conciencia del propio yo individual. En este contexto se sustituye la sensación de seguridad por el culto a la fama -y a la justificación de una imagen pública- que convertía a los otros en espectadores de un destino selecto, de una “porción de eternidad rescatada al horrible vacío de un tiempo sin objetivos finales. Véase Prieto (1982).
- <sup>4</sup> . Oszlak señala que aunque la Revolución de Mayo marca un inicio en el proceso de formación de la nación argentina, la ruptura con el poder imperial no produjo automáticamente la sustitución de un estado colonial por un estado verdaderamente nacional. Hasta entonces, la unidad política del virreinato del Río de la Plata se hallaba sostenida por un elaborado sistema institucional dispuesto como agregación de provincias o de localidades; como la autoridad

suprema era España, no había complicación de intereses y así gobernaba una vida social atenta sobre todo a una eficaz recaudación de rentas. Pero Oszlak se propone estudiar las coordenadas teóricas e históricas del concepto de estado como aspecto constitutivo del proceso de construcción social, por lo que tendrá en cuenta variables como el desarrollo de las fuerzas productivas, la estructura de clase resultante o la inserción de la sociedad en la trama de relaciones económicas internacionales. En su concepción adquiere preponderancia la idea de un estado nacional, formación que ve como el resultado de una gradual redefinición del marco institucional apropiado para un medio colectivo organizado. Desde esta perspectiva, estado y nación integran una dinámica estructural que reúne elementos abstractos -ideales- y materiales. Los primeros implican la difusión de símbolos, valores y lazos de pertenencia a una comunidad diferenciada por tradición, etnia o lenguaje; los segundos se vinculan con el desarrollo de intereses propios de una actividad económica realizada en un espacio territorialmente delimitado. Pero si nos detenemos en la capacidad de internalizar una identidad colectiva como uno de los atributos esenciales del estado, la Generación del 80' -como período donde se consolidó el proyecto de nación elaborado en la Generación del 37- la condición de reconocimiento social quedaría restringido a los límites de clase. La idea de Patria gestada en el denominador de una comunidad selecta circunscribe así los vínculos de solidaridad y pertenencia a los agentes que manipulan los comportamientos económicos y políticos, reforzando mecanismos de dominación en una estructura social compleja en su faz de crecimiento. Véase Oszlak.

<sup>5</sup> . Véase Jitrik.

<sup>6</sup> . Véase Piglia.

<sup>7</sup> . Para una comprensión de nuestro presente a contraluz de un pasado signado por períodos claves, sugiero el texto de José Luis Romero. Se trata de una versión actualizada por Luis Alberto Romero, del libro cuya primera edición la llevé a cabo Eudeba en 1965.

<sup>8</sup> . En la Argentina, al igual que en otros países latinoamericanos, la ideología positivista impregnó el modo de interpretar las realidades nacionales y de articular las instituciones en el momento de tramar el tejido de prácticas sociales para la consolidación del estado y la nación. Tal como señala Oscar Terán, es a fines del siglo XIX y comienzos del XX cuando el país comienza a incorporarse al mercado mundial recibiendo del positivismo la perspectiva homogeneizadora de las estructuras sociales provenientes de períodos posindependentistas; si bien no hay que descartar la coexistencia de varias tendencias filosóficas en el período de 1880-1910 -espiritualismo, decadentismo, vitalismo-, el positivismo fue la matriz mental dominante que contribuyó a la centralización estatal. En este lapso se pone en evidencia la inclinación del positivismo a aceptar los hechos o lo dado como destino -el factum como fatum dirá Terán- pero también habrá de notarse las resistencias de las realidades a plegarse a los designios de la modernización, la convivencia de la estática del orden y la dinámica del progreso. Ver Oscar Terán, *Positivismismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires:

Punto Sur, 1987.

## Bibliografía

- Jitrik, Noé (1981). "Forma y significación en *El Matadero*" en *La crítica literaria contemporánea* (vol.II), Buenos Aires: CEDAL.
- Oszlak, Oscar (1985). *La formación del estado argentino*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Piglia, Ricardo (1993). *La Argentina en pedazos*, Buenos Aires: Ediciones de la Urraca -colección Fierro.
- Prieto, Adolfo (1982). *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires: CEDAL.
- (1996). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Romero, José Luis (1999). *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Viñas, David (1982). "Rosas, romanticismo y literatura nacional" en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires: CEDAL.